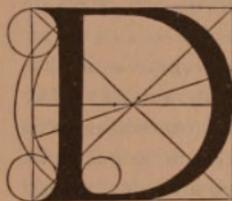


Modernización ¿definitiva? y debate histórico-social en Chile



Desde el siglo pasado, Chile se ha visto sacudido por una seguidilla de 'modernizaciones'. Una serie sostenida de saltos al futuro, que suscitaron, cada uno a su tiempo, oleadas de debate teórico y estallidos de lucha ideológica, precisamente por la necesidad de discernir qué aspectos del pasado pre-moderno debían desecharse y cuáles del presente moderno debían incorporarse, y a lo largo de qué líneas asestar el tajo separatorio. Debates históricos y nacionales en los que, a veces, participaron sólo unos pocos (los intelectuales de la generación de 1842, que se concertaron para hundir la barbarie del "bajo pueblo" y el oscurantista coloniaje hispánico); otras veces, un tercio de los estratos medios de la sociedad (los grupos y movimientos sociales que lucharon por hundir, entre 1910 y 1930, la oligarquía pre-industrial y pre-democrática), y, también, la mitad inferior de la sociedad civil (las organizaciones y movimientos sociales que se esforzaron por erradicar, entre 1938 y 1973, la inequidad económica y social de la modernidad). En el pasado, pues, la sociedad chilena se enfrascó, por grupos o por mitades, por tercios o por tres cuartos, en debatir a fondo cada uno de los sucesivos partos que la modernidad, con dolor variable, generaba en el país. Fue en esos debates donde los políticos perfilaron su estatura de verdaderos estadistas, las clases sociales su real proyección histórica, donde los estudiantes demostraron su hambre de mejor futuro y donde los intelectuales y los tecnócratas dieron mejor uso a sus métodos y técnicas, formalizando los sentimientos y voluntades de cada uno.

El desarrollo de esos debates históricos fue dando vida social a ideas-

fuerza (progreso, nacionalismo, democracia, desarrollo, socialismo, etc.), en torno a las cuales se fueron aglutinando significativos consensos sectoriales y legitimidades grupales que –aunque enraizados de modo contradictorio en la sociedad civil–, constituyeron múltiples voluntades políticas con no poca raigambre en el sentir de la masa ciudadana. Fue por la existencia de esa legitimidad relativa que muchos creyeron –pese al evidente juego de las contraposiciones– que tenían algo importante que decir a la emergente juventud ciudadana. Una especie de proyecto nacional que no sólo se podía agitar sino también enseñar, porque con él se podía *formar* “hombres nuevos” o una “nueva sociedad”; o echar andar un proceso de modernización en el cual ‘todos’ pudiesen participar en tareas de sentido ‘nacional’.

Por contraste, nos parece un hecho crecientemente grave que las modernizaciones introducidas militarmente en el país con posterioridad a 1973 y continuadas civilmente después de 1989, no hayan generado ni estén generando ni debate social ni debate histórico acerca de lo que se ha desechado y se está desechando; acerca de lo que, a cambio, se está instaurando y, sobre todo, acerca de por dónde se está hendiendo el tajo discriminatorio. Y ello cuando ya se sabe que las modernizaciones en curso son las más drásticas que, hasta ahora, se hayan inoculado en la sociedad nacional. Los encendidos debates entre desarrollistas y monetaristas, o entre aquéllos y los anti-dependentistas, o entre reformistas y revolucionarios que, en reguero continuado, estallaron entre 1950 y 1973, no han sido reeditados después. Ni siquiera pálidamente. Es por ello grave que, por ejemplo, los cafés y las cantinas universitarias de hoy estén vacías o silenciosas, sin estudiantes estridentes defendiendo la teoría de su propia contemporaneidad o criticando la teoría alternativa, como ocurrió en las otras modernizaciones. Es grave que los estudiantes de hoy carezcan de problemáticas relevantes en las que eclosione su vida, su inteligencia y su compromiso. Que en las revistas académicas los artículos languidezcan exangües, sin conexión directa con la sensibilidad vital e histórica de los sujetos reales. Desnutridos por la dispersión temática o las abstracciones filosóficas con que hoy se disecta la contemporaneidad. Aventados por “el molino sin fin” de la semiótica, el “agujero negro” del micro-empirismo o la hiper-mecánica de los “sistemas”. Que, por todo ello, se invalide la

reflexión sobre lo social o lo histórico. Que se arroje el populismo como agua sucia del pasado, y con él, se arroje toda consecuente sensibilidad social. Es decir, que, en definitiva, se tienda a paralizar –a nombre de modernizaciones que avanzan tan rápido que han tragado tanto su propio futuro como al hombre común y corriente– la reflexión social e histórica sobre nuestro específico 'ser' de hombres-mujeres y de chilenos, y el dolor soterrado que está provocando este nuevo y desocializado parto de modernidad definitiva.

Nos parece igualmente significativo, por eso, que no existan hoy, en la sociedad chilena, ideas-fuerzas que generen identidades comunitarias, proyectos compartidos, ni propuestas movilizadoras o integradoras que induzcan a las capas estudiantil e intelectual, por ejemplo, a investigar, discutir y comprometerse en la construcción de futuros colectivos, no-individualistas (como, pese a todo, lo intentó la generación del '68). Y no sólo es significativo sino también grave que la juventud chilena tenga que, como único futuro, estudiar sólo para mejor competir en el mercado y ganar dinero, o tenga que preferir "matar el tiempo" y engolfarse a fondo en la cultura del "carrete" o del *car-racing*; o bien, si queda fuera del mercado, autoaniquilarse en la droga, la delincuencia profesionalizada, o el suicidio fraterno.

Es evidente que los triunfantes "mensajes" emitidos hoy por los medios de comunicación o por la llamada industria cultural, no bastan ni bastarán, por sí mismos, para conducir una sociedad entera a través de los desfiladeros históricos que aún aguardan en el horizonte, hacia metas solidarias y humanizadas. Sí pueden insinuar cómo llenar unas horas, o una noche, o un día, e incluso un completo *week-end* de los "receptores" a los que esos mensajes van dirigidos; es decir: bastan para matar el tiempo libre y atiborrar la superfluidez. Pero no bastarán, a la larga, para desarrollar el 'tiempo histórico'. No, sin el concurso activo del sujeto real que, pese a todo, subyace bajo la piel del consumidor.

Pensamos, en vista de eso –y de algo más– que era necesario hacer algo. Averiguar, por ejemplo, qué queda o qué hay bajo la aparente frigidéz de los intelectuales y la apatía de la generación de los '90. Cuánta sensibilidad histórica y social palpita, aún, en el fondo de ellos. Hasta qué punto la sociedad continúa latente bajo el peso acromegálico del Mercado y del

Estado. Pues, cabe preguntarse: ¿queda allí, todavía, 'algo' que no se puede o no se sabe cómo expresar? ¿Que no se logra formalizar porque no hay, en la atmósfera cultural de hoy, paradigmas científicos adecuados para 'eso'? ¿O porque el pragmatismo dominante inhibe hoy todo espíritu crítico y toda elaboración teórica alternativa? ¿O es que, realmente, no hay nada, ni sensibilidad histórica, ni crítica; que en Chile, verdaderamente, la historia ha llegado a su fin; que los centros de poder o el vértigo mercantil han seducido para siempre a las ciencias sociales, y arrojado –en su compulsivo afán de olvidar el pasado reciente– las ciencias históricas a su eterno ostracismo en el pasado lejano?

Nos pareció que era necesario –y, a lo mejor, urgente– producir un encuentro entre intelectuales y sujetos reales. Un seminario-taller, no organizado según el marketing propio de la "industria cultural" (posters y trípticos distribuidos masivamente, invitación a todo público, cócteles, polémica publicitada, etc.); ni en las formalidades, necesidades o prerequisites propios de la institucionalidad académica (ponencias basadas en investigaciones empíricas, crítica de textos, aplicación de metodologías, camaradería gremial, etc.), sino en las condiciones de un intelectual-sujeto integrado y capacitado para *expresar* lo que sabe y lo que siente, su funcionalidad y su sensibilidad, al mismo tiempo. Es decir, bajo la condición de un intelectual comportándose como un chileno de carne y hueso, auténtico, de hoy. Un chileno invitado para salirse, parcial o totalmente, de su celda metodológica, de su particularismo social, o de su chauvinismo académico o político consensual. Pensamos que podía ser saludable crear –aunque más no fuera en un seminario– una atmósfera de *autenticidad*, liberada de todo sobrepeso oficialista, político, mercantil o académico. Liberada, sin duda, pero sujeta a una triple condición: que cada expositor examinase la modernidad chilena (no su manifestación universal), que se refiriese a su propio sentir de la contemporaneidad (no a las abstracciones de un tiempo de ninguna parte), y que, sobre todo, su enfoque tuviese un carácter histórico (y no sistémico o funcionalista).

Esa triple condición tenía por objeto forzar a los historiadores a aventurarse en los escabrosos fenómenos de la contemporaneidad, porque de ella suelen andar escapados; a los cientistas sociales, a pensar históricamente (porque sus códigos predominantes o sus intereses de coyuntura se

lo impiden), y obligar a los actores sociales, que andan regularmente engeguécidos por su particularidad, a globalizar sus planteamientos. Es decir, tenía por fin sacar a los expositores de sus refugios habituales, donde, unos a otros, se comunican. Especulamos que, con ello, los invitados podrían ensanchar su capacidad expresiva, pese a que con ello –como es obvio– se arriesgaría la consistencia académica de sus exposiciones.

Los resultados de este ejercicio son los que se exponen en esta publicación. Son cincuenta y tres "expresiones", que deberían ser leídas, pues, no tanto como "artículos", sino como lo que son; esto es: reflexiones en autenticidad.

Es de interés consignar que un número significativo de expositores aceptó y siguió las reglas del juego. Así, se oyó a no pocos historiadores abandonar su erudición documental para reflexionar libremente –aunque con cierta incomodidad–, en voz alta, frente a todos. Y se oyó a numerosos científicos sociales y aun filósofos manipular sus categorías habituales siguiendo un desacostumbrado hilo histórico, que los trajo a la contemporaneidad no en abstracción directa –como acostumbran– sino por sinuosos procesos y pasados particulares. Los actores sociales que asistieron al compromiso –no vinieron todos los invitados– dejaron oír su peculiar y apasionada manera de salir de sí mismos hacia la globalidad. También es de interés consignar que no todos rompieron el hierro de sus rutinas ni abandonaron el *bunker* de su práctica profesional; que, en este sentido, hubo disciplinas enteras (el lector las descubrirá) que permanecieron porfiadamente distantes de la contemporaneidad, e incluso de la modernidad.

Se podría concluir, al observar el conjunto del producto obtenido, que los chilenos estamos en un período en que todavía no hemos alcanzado un adecuado dominio intelectual y social de los procesos puestos en marcha por la nueva modernización que nos aqueja. Como si nos hallásemos a medio camino de un lento cambio de paradigma. Sumidos, como el Cid, en la "terrible estepa castellana" de uno de esos ciclos largos del pensamiento social, del que ("polvo, sudor y hierro") aún no hemos emergido. Como si la nueva modernización hubiese llegado como un hecho crudo, invasor, sin matriz germinal de ideas y reflexiones sociales. Como un androide decapitado, robotizado, que necesita ser pensado después, regulado después,

dotado de humanidad después. Pues se tiende a pensarlo desde fuera de él mismo: desde categorías pretéritas o desde subjetividades puras; desde valores universales o desde peligros imaginarios. En rodeos, desde su reflejo en mundos transnacionales o en experiencias subjetivas, conocidas y vividas; pero no desde sí mismo o no en sí mismo. Como si esta nueva modernización careciese de real carne social o histórica.

Prácticamente ninguno de los expositores asumió la nueva modernización, ni como algo suyo ni como algo definitivo. Ninguno –salvo infundadas sospechas– podría ser tildado de "intelectual orgánico" de la misma. Ninguno, tampoco –salvo hipótesis por demostrar– asumió una postura belicista contra la modernidad, en contradicción antagónica con los procesos vigentes. La gran mayoría se situó en una tierra de nadie, sea porque simplemente reprodujo la celdilla neutral de su profesionalismo; sea porque, aceptando gran parte de lo que se desecha, no se da por totalmente satisfecho con lo que se incorpora; sea porque la crítica que se plantea no se acopla a una propuesta alternativa, etc. El peso factual de la modernización introducida desde 1973 y el aparente éxito de la reactivación económica iniciada desde 1984 parecen frenar la profundización de la crítica y la vigorización de la propuesta. Como si el robot tuviese un peso metálico todavía mayor que las dudas sociales. El intelectual recoge esa duda –son muy pocos, repetimos, los que no la recogieron–, pero no la reviste de fuerza discursiva de alta definición frente al robot. Como si dudara de la duda. En tal encrucijada, sintomáticamente, no pocos expositores prefirieron utilizar un estilo elíptico, aséptico, humorístico, e incluso –en más de algún caso– críptico.

El balance global, sin embargo, muestra una marcada tendencia crítica respecto, cuando menos, del triunfalismo modernista chileno. Los historiadores tienden a coincidir en que el modelo económico actual no es sino una variante del ya tantas veces probado modelo primario-exportador. Los economistas coinciden en que, pese al surgimiento de un nuevo tipo de empresario y de una subcontratada clase trabajadora, el potencial de cambio del actual modelo ya se agotó, que el mercado no puede por sí asegurar determinados tipos de desarrollo y que es indispensable constituir a mediano plazo un "Estado regulador".

En ese contexto, los sistemas ideológicos y políticos de dominación

actual no están asumiendo las funciones reguladoras que corresponderían. El Estado carece de legitimidad y sensibilidad social suficiente como para desarrollar funciones reguladoras que no sean las de mercado o funciones educativas que preparen a la sociedad civil para asumirse a sí misma. Los medios de comunicación de masa tienden a la monopolización y al mercantilismo, mientras se frena el desarrollo de la comunicación popular. La Iglesia se repliega hacia posiciones neo-pietistas y conservadoras. Así, el sistema político se encierra en sí mismo mientras la sociedad civil se fragmenta, con pérdida de identidades colectivas y nacionales. Los grupos medios, influyentes antaño y hogaño, se equilibran en un plano inclinado, entre el campo y la ciudad, entre la pre y la posmodernidad, con menos conciencia histórica que nunca.

No hay duda de que, mayoritariamente, la atención de los expositores se dirigió a los procesos que viven los sectores populares, en toda su diversidad interior (obreros, artesanos, campesinos, indígenas, pobladores, juventud, etc.) y a la transición histórica que, de hecho, allí está ocurriendo. Como si el verdadero barómetro de la actual modernización estuviese allí, y sólo allí. Más, incluso, que en la ciencia o en la capacidad profesional propia. Como si el sujeto real que subyace bajo el intelectual público estuviese secretamente identificado con la suerte histórica de los pobres. Como si la esperanza y el optimismo, más que en el modelo, estuviese engarzada en el movimiento que esos sectores sean capaces de hacer hacia el futuro.

Y es evidente: de todo el balance (que en general es crítico e irónico respecto de la modernidad), el único proceso que concentra lo positivo, el humanismo y la esperanza es, qué duda cabe, el desarrollo neto de las mujeres pobladoras. Su permanente lucha para ser sujetos históricos en su propio medio, para atravesar incólumes, y casi siempre con saldo a favor, todos y cada uno de los accesos de modernidad por los que ha atravesado Chile, es, tal vez, la premisa clave de la que pueden desprenderse y desarrollarse las propuestas humanistas y solidarias que tímidamente laten tras la puerta entornada del escepticismo chileno sobre la modernidad. Porque la posición histórica del hombre de pueblo, y sobre todo de la juventud popular, están hoy, evidentemente, en crisis. Destruídos, sin duda, más por la modernidad en sí que por los viejos populismos del

duda, más por la modernidad en sí que por los viejos populismos del pasado. No ocurre lo mismo con la condición de la mujer de pueblo. Y es por esto que invitamos al lector a leer las "expresiones" vertidas en este Seminario, en la clave que ella ha puesto en el tapete de la discusión. Por supuesto, si el lector quiere proyectarse históricamente en positiva, sin ánimos de profundizar su escepticismo.

No queremos concluir estas palabras de presentación sin decir que, por razones de espacio editorial y debido al mismo carácter oral de la mayoría de las exposiciones, fue preciso condensar y a veces recortar algunas de las mismas. Pedimos excusas por ello. En ningún caso, sin embargo, se alteró el contenido de lo que el autor quería expresar. Por la misma razón, no se publicaron las preguntas y respuestas suscitadas por las distintas intervenciones. Cabe precisar que, propiamente hablando, no hubo debate, ni teórico, ni ideológico. Lo que para nadie puede resultar sorprendente, aunque sí digno de lamentar.*

Gabriel Salazar
SUR Profesionales

Julio Pinto
Universidad de Santiago

Santiago, agosto de 1994

* El Seminario-Taller se convocó bajo la temática "Problemas Históricos de la Modernidad en Chile Contemporáneo". Se realizó en 14 sesiones, del 5 de agosto al 11 de noviembre de 1993. Fue auspiciado por el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago, la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad ARCIS, la Corporación de Historiadores Sociales (CORPHIS), y SUR Profesionales (en cuya sede se efectuaron las sesiones y a cuyo cargo estuvo la edición).